

## Sarmiento, Vasconcelos y Victoria: tres novelas familiares del fundador

BLAS MATAMORO nació en Buenos Aires en 1942. Vive en Madrid desde el 76. Director de la revista Cuadernos Hispanoamericanos. Corresponsal de la revista Vuelta, crítico literario y musical y escritor.

1

UN TEMA FUERTE Y SOSTENIDO en el imaginario latinoamericano es el de la fundación y el origen. La historia y el mito, si se prefiere. En parte, puede atribuirse a la herencia hispánica, donde la regeneración ocupa el lugar de la revolución no cumplida. En parte, a una mala relación nativa entre América Latina y la historia occidental, que Alfonso Reyes atribuye a una tardía llegada a la modernidad, con los desfases consiguientes: la iniciación es débil y le falta sazón en el tiempo, las etapas quemadas redundan en una constante sensación de inmadurez y ausencia de fundamento. La obsesión por el origen, por lo prístino, lo puramente tal, revela una incertidumbre respecto a la identidad y una desconfianza por el devenir, donde esa identidad, a la vez que se pierde, se transforma y se conserva, de modo dinámico e histórico, a cada momento. Estas sociedades parecen no estar fundadas del todo y, por ello, no poder recontar a ciencia cierta su tiempo histórico.

Regenerar es dar nuevo comienzo, refundar, volver a generar, o sea a engendrar. Cambiar de padre, en cierto sentido, lo cual implica legitimar a un nuevo padre en lugar de otro. Esta sustitución nos lleva a una historia de familia, una novela grupal o saga, que se identifica, a la vez, con la historia de un individuo (el que cuenta) y de una sociedad. Bien sea por la vía mítica del origen o por la vía histórica de la fundación, esta saga intenta contar el paso de la hora cero al minuto primero en el tiempo de América. La lista de casos es abundantísima y de ella extraigo apenas tres series de textos autobiográficos, esperando hallar en sus páginas la señalada constancia.

2

Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) redacta sus obras autobiográficas al final de su exilio en Chile, entre 1843 y 1850, y a su regreso a la Argentina (1852) o, por mejor decir, llegando a un país que desconocía y que contribuyó a inventar con sus libros: *Mi defensa*, *Facundo*, *Viajes*, *Recuerdos de provincia* y *Campaña en el Ejército Grande*. Es como si sólo pudiera recontarse a sí mismo fuera de la supuesta tierra natal, en la distancia

y la extrañeza que impone el ostracismo. Pero, de vuelta, esa tierra natal le resulta igualmente extraña, convirtiendo su errancia romántica en una forma de vida. Morirá en el Paraguay, un país que, en cierto modo, colaboró a destruir, participando como presidente argentino en la Guerra de la Triple Alianza. En carta del 4 de septiembre de 1846 describe al *flâneur* o deambulador urbano (el mismo que en seguida ocupará a Baudelaire) con rasgos de autorretrato: es el que "persigue también una cosa, que él mismo no sabe lo que es; busca, mira, examina, pasa adelante, va dulcemente, hace rodeos, marcha y llega al fin".

Esta figura errante proviene, en Sarmiento, de su padre, un hombre quizá de alcurnia pero venido a menos, que no aparece en las evocaciones de la casa familiar. Está afuera, haciendo de arriero, soldado o perceptor de contribuciones para la guerra, siempre con aires de gran señor que se niega a trabajar con sus manos y a hacer negocios, a ser proletario o burgués. Un desclasado, si se quiere, excluido del hogar, quizá por su renuencia a ser padre o por una informada expulsión materna. De hecho, Domingo es el único varón, primogénito además, de los cinco hijos que llegan a adultos, y funge de pareja de su madre.

La familia importante es, para él, la materna y, aún más, cierta zona de ella, la que se vincula con el clero, en el doble sentido francés de la palabra *clerc*: intelectual y sacerdote. La madre lo quiere cura y el padre lo quiere soldado. Ella se quedará en la vieja casa cuando el hijo se marche al exilio chileno. El padre lo seguirá. Pero Domingo se mira en el espejo de los curas ilustrados de la estirpe materna: Gregorio Funes, José de Castro, fray Justo Santa María de Oro y, sobre todo, José de Oro, un párroco trabucaire y juerguista, docto en lenguas y geografía, a quien Domingo reconoce como padre. Del lado paterno sólo rescata a otro sacerdote, su tío José Quiroga Sarmiento, obispo de Cuyo, que le enseña las primeras letras a los cuatro años.

Domingo no será cura ni soldado profesional, aunque hará de boletínero en el ejército llamado Grande, alianza de provincianos, brasileños y uruguayos contra el dictador porteño Juan Manuel de Rosas. Será escritor y político: sacerdote laico y peleador pacífico. La escena en que asume esta doble vocación es la inicial de *Recuerdos de provincia*: un caserón ruinoso en la ciudad de San Juan, antigua

vivienda de un jesuita, donde hay una carpeta vacía que debió contener los manuscritos de la historia de Cuyo del abate Morales. La historia está por escribirse y Domingo se hará cargo de ella.

Al narrarla, Sarmiento hace una historia de familia fundacional, que es, a la vez, la historia sudamericana y su personal biografía. Las tensiones que lo animarán toda la vida —civilización y barbarie, lo cual significa, en rigor, civilización y cultura— están ya en el par madre/padre: el pasado colonial, beato, hispánico e inmóvil, la cultura aislada y autosuficiente, de tradición oral, y la promesa revolucionaria independentista de un país moderno intercomunicado entre regiones y con el exterior, sensible a las luces del progreso y la ciencia, fijado en la letra escrita y la ley objetiva.

Si, por una parte, lo ufana su carácter de hombre hecho a sí mismo, sobre el modelo competitivo y laborioso del norteamericano Benjamin Franklin, por otra parte se enorgullece de lo que tiene sin haberlo hecho: su alcurnia española, que se remonta a la nobleza árabe medieval de los Albarracín y llega a San Juan, su tierra natal, con la conquista europea.

La Argentina moderna, a cuya construcción contribuirá activamente el político Sarmiento, se hace a partir de Buenos Aires y el desarrollo de la llamada *pampa húmeda*, a la cual los escritores contemporáneos de Sarmiento y él mismo denominan *el Desierto*, lugar vacío y sin historia, lugar de fundación, lugar para ser poblado con inmigrantes, sembrado de ciudades inéditas y cruzado por ferrocarriles.

A pesar de que Sarmiento afirma el valor de esta Argentina dinámica y actualizada, sostiene, en contra de ella, la identidad de una posible *Argentina profunda* o fundacional: la anterior a la revolución y la exterior al polo del desarrollo litoral y pampeano: lo que se denominará *el interior argentino*, no sólo por razones geográficas, sino también con un contenido simbólico, ya que designa lo interno o íntimo de la Argentina (de nuevo, algo caro a los románticos, la interioridad), lo que no se ve pero que resulta fundamental, inherente a la fundación, al fundamento.

En la descripción de la casa familiar ya se esboza y se escenifica este conflicto. La madre es un personaje doméstico, que no sale de sus habitáculos y conserva el estrado, los añosos muebles, los cuadros

devotos y la vieja y decrepita higuera que alegorizan un pasado vetusto y complacido en su propia inmovilidad. El padre, en cambio, ha salido del encierro y deambula por el mundo exterior. Dos puntos de sutura animan críticamente esta dualidad que parece insoldable: la familia de la madre es, en realidad, mestiza, por el matrimonio de un español con una princesa indígena, y la vocación del escritor, que le viene de la herencia clerical materna, es un elemento de publicidad, de dirección hacia el afuera.

El mestizaje es un elemento inquietante en la obra sarmientina, en su doble vertiente de acción y conocimiento. El concepto de raza, presente en todo el saber del siglo XIX, será rector en su visión de las culturas y su contraste conflictivo a través de la historia; y la inmigración europea, propuesta como política de saneamiento demográfico ante la *degeneración* promovida por la mixtura racial, una obsesión de su trabajo político. No obstante, o quizás a favor, de esta contradicción, subsiste la pregunta: ¿qué país han fundado los Sarmiento Albarracín, un país europeo en América o un país mestizo? ¿Qué elemento es el fundante de la Argentina, el interior o el portuario?

En esta vacilación conflictiva acaso encuentre razón el hecho de que Sarmiento, sanjuanino, considere, erróneamente, bárbaro al porteño Rosas, representante, en verdad, de la civilización oligárquica y autoritaria de Buenos Aires. Sarmiento querrá ser considerado europeo e ilustrado en Chile, como ejemplo de las Luces argentinas, pero le halagará ser visto como árabe en París o en Argel, donde los lugareños elogiarán su arte de jinete moro. Hasta se ufanará de haber escrito celebradas crónicas de tauromaquia, pues sólo un *bárbaro* como él puede entender la bárbara belleza de una corrida de toros, a pesar de que sólo se hubo sentido, al fin, en casa, cuando salió de España y llegó a Barcelona, la ciudad donde halla "ómnibus, gas, vapor, seguros, tejidos, imprenta, humo y ruido; hay, pues, un pueblo europeo".

Si, desde América, soñó con las modélicas urbes francesas o alemanas, en Europa reconoce la "triste mezcla de grandeza y abyección, de saber y de embrutecimiento" (carta de Ruan, 9 de mayo de 1846) que es el Viejo Continente, y acabará por considerar paradigmáticas, para la Argentina moderna, las sociedades americanas: los Estados Unidos y el Brasil

(esclavatura aparte, como él mismo reconocerá). O sea: dos civilizaciones entre multirraciales y mestizas/mulatas.

Llevada a un campo de mayor abstracción, como es la filosofía de la historia, la saga sarmientina exhibe parecidas tensiones intelectuales. En sus comienzos, romántico radical, Sarmiento considera la historia de modo extremadamente empírico, como pura espontaneidad fáctica, sin fines ni principios, lógica ni ilación. No encierra ni deja saber alguno, no hay en ella verdad ni mentira. Lo hace decir a Shakespeare en el epígrafe de *Recuerdos de provincia*: el cuento de un loco, aspavientos y gritos, que nada significa. Sólo un hombre de acción puede narrarla, redactar su crónica, decir lo que ha hecho.

Luego, las lecturas de los historiadores románticos como Michelet y Thierry, lo llevan a la visión culturalista de la Historia: cada pueblo es una cultura, el sujeto de una historia incommunicable, que no puede comprenderse desde fuera, si acaso, meramente, describirse. Cada pueblo tiene una realidad radicalmente propia y esta realidad es lo que llamamos raza, palabra que proviene, justamente, del mismo étimo que raíz. Las razas conservan ciertas esencias, ciertos caracteres inmutables, que sólo se alteran por el mestizaje. Éste muestra lo que hay de universal en todos los hombres, que es un elemento religioso, algo que las ciencias no pueden explicar. Todo hombre tiene un sentimiento de lo sagrado que es semejante al de cualquier otro prójimo.

De aquí al providencialismo histórico hay un paso. La Providencia, en efecto, hace triunfar a las razas superiores por su inteligencia y la potencia que de ella extraen, imponiendo como universales, como civilización, las verdades de su cultura. La humanidad es un proyecto: la unión de todos los hombres bajo los principios fraternales y mesiánicos del cristianismo. El hombre intenta sondear la verdad inaccesible que posee ese Alguien (*sic*) que ordena el universo. Lo que logra el hombre es construir religiones que merodean la fortaleza de dicha misteriosa verdad.

Tardíamente, Sarmiento leerá a Spencer y a los darwinistas sociales norteamericanos, lo cual convierte su providencialismo católico en teoría cientí-

fica de la historia. Su vieja vocación sacerdotal halla liturgias nuevas y apropiadas en la masonería. Aunque caótica en su acontecer, la historia tiene una racionalidad inmanente que cada cual debe descubrir dentro de sí mismo y proyectar sobre el mundo. Primero la casa, luego el exterior. La madre y el padre.

## 3

No deja de ser curiosa y estrictamente lógica la coincidencia entre la propuesta sarmientina y la desarrollada por el mexicano José Vasconcelos (1882-1959) en las cuatro partes de su autobiografía, publicada a partir de 1935. Es la novela autorreferente de un hombre destinado a refundar su país y cuyos destinos personal y familiar se identifican con la historia de México.

La madre y el padre se unen en la definición de México como país hispánico y católico. La madre vive su catolicismo en la intimidad doméstica y el padre, en la errancia mundana. Esta dualidad acompaña la vida de Vasconcelos como la enésima repetición del conflicto romántico entre el claustro materno y el mundo paterno. La dicha y el poder, la vida íntima y la existencia social, que es siempre infeliz. Constantemente, se ve tentado de abandonar la política y dedicarse a "la sabiduría eterna", cuyo modelo ve en los filósofos alejandrinos.

La derrota cívica lo llevará, finalmente, al retraimiento y la meditación. Pero no será la filosofía, que disgrega todo en oposiciones irresolubles, la que resuelva el dilema, sino ese fondo común que tienen todas las religiones y que reconcilia al hombre consigo mismo, yendo de la diversidad de la historia a la unidad divina. La verdadera realidad no está en el trajín de los hombres sino en el misterio del Cosmos, donde, según la fórmula hegeliana, "nuestra actividad se desdobra". Si la razón duda y el anhelo desespera, la fe salva. No sólo la política es vista, en conclusión, como una felonía a su vocación de "eremita y combatiente", sino también el matrimonio. Vasconcelos reflexiona que debió casarse y divorciarse tras un año de catarsis: un amor limpio entre tantos turbios, sin hijos. Su fracaso en ambos terrenos, la política y la familia, se debe a una vacilación mal resuelta entre el claustro y el mundo.

La madre es el personaje inicial de la autobiografía. Es la voz que narra historias ancestrales, la pri-

mordial noticia del lenguaje, la incitación a recuperar la unidad perdida en la denuncia del espejo: ya no soy como mi madre. La madre le acerca las primeras lecturas (unas fábulas) y el decisivo *Genio del cristianismo* de Chateaubriand (lectura también decisiva para Sarmiento), así como lo aleja de los libros heréticos, entregados al fuego. Distante y poco afectiva, ella es la ley en la casa, donde manda en ausencia del marido y con el apoyo del padre sustituto, un cura que impone a todos el catecismo de Ripalda. La identidad sexual le viene de este aforismo materno: "El hombre hace su destino, a diferencia de la mujer, cuyo destino se resuelve en el matrimonio", lo cual equivale a salvar el alma y echar el destino a los dados, al azar, a la Providencia, aceptándola como el saber de Dios en el mundo.

La madre, una mujer de buena familia venida a menos (alegoría del México hispánico y católico) se transforma en hipóstasis. Cuando ella muere, él sacraliza una tumba que resulta ser de otra persona. No importa el error, porque la Madre ya no es su madre, sino el símbolo del origen a recuperar en la errancia mundana (de ahí el paralelo con Ulises, que quiere volver a su tierra tras el exilio y ser reconocido como heredero de la corona). Más aún: la madre se convierte en la Virgen, visión de la vida eterna frente a las puerilidades del mundo, promesa de la verdadera madurez en el más allá, después de "la hora del arrepentimiento y la renunciación".

El padre aparece más tarde, en un tiroteo con unos contrabandistas. Está ausente de la casa, como en Sarmiento, ocupado en su trabajo de aduanero, guardián de las fronteras, para evitar que entre en México el peligro anglosajón, máscara del judaísmo. Un padre nómada, que va de tierra en tierra, como otro Ulises: de Oaxaca a Sásabe, Durango, Campeche, la capital. Tiene fama de ser hijo sacrílego de un cura llamado Castellanos, pero en realidad es hijo bastardo de un español, Joaquín Vasconcelos, cuya herencia dilapida (otro símbolo: México como el hijo pródigo de España) y esta relación oblicua con la Madre Patria (¡el apodo del padre de Sarmiento!) será un destino fuerte en el escritor: hay que devolver a la estirpe española su legalidad.

La relación de Vasconcelos con las figuras paternas es ambigua y nace de una ambigüedad esencial de su propio padre, que enseguida se examinará. En

política sólo le resulta rescatable la imagen de Francisco Madero, convertido en apóstol y mártir. Una vez más se cumple el dictamen freudiano: el mejor padre es el padre muerto. Los demás jefes revolucionarios —Zapata, Villa, Carranza, Obregón, Calles— acaban desilusionándolo y/o frustrando su carrera en las elecciones a la gubernación de Oaxaca y a la presidencia de la República.

De tal conjunción surge un hijo con precoces pretensiones de grandeza (de nuevo, como Sarmiento), convertidas luego en abierta megalomanía. Su primer autorretrato infantil lo muestra llevando ya "una corbata de poeta". Luego, primogénito de hecho por la muerte del mayorazgo, ocupará el lugar del padre al fallecer la madre (como si hubiese expulsado al padre de la casa, que ha de ser su fantasía mayor) y sus verdaderos hijos serán sus tres hermanas mujeres y el menor, que muere joven, llevando el predeterminado nombre del primogénito real, Ignacio, el santo guerrero de Loyola. De niño, ya fantasea encabezar un ejército que derrotará a los *gringos* y conquistará Washington, lavando la afrenta de la invasión en 1847. "A los diez años ya me sentía solo y único y llamado a guiar."

La doble vocación de lector y escritor nace de una síntesis materno-paterna. La madre orienta sus lecturas y el padre lo lleva a la escritura. Con pocos años, Vasconcelos da un discurso patriótico y fracasa. El padre ordena: "No eres tú para la oratoria; serás escritor, y vale más". En efecto, la letra escrita perdura y es legible, según enseña la madre lectora. Pero hay algo más. Al sustraerlo a la oratoria patriótica y señalarle el ensimismamiento de la escritura, el padre le está bloqueando el acceso a la política. Y, en efecto, una y otra vez, como queda señalado, Vasconcelos se enfrentará con una figura paterna —el caudillo de turno— que ha de frustrar sus aspiraciones de poder. Refugio desdeñoso ante las desazones del mundo, la literatura será el lugar de consuelo materno, la celebración solitaria de la lengua madre.

Por razones análogas, también encontrará bloqueado el camino interior hacia su rol de padre. En una escena patética, mientras escribe una crónica de *variétés*, su mujer está pariendo y él imagina a la esposa y al hijo muertos, como condición de su libertad. Luego, entre viajes políticos, exilios, expediciones guerreras y rela-

ciones extraconyugales —narradas con una finura psicológica digna de ese gran cirujano del delirio celotípico que es Marcel Proust— apenas se hace cargo de sus hijos, aunque siempre protestando cariño por ellos, a los que ve poco y deja en manos de su mujer.

Proyectada sobre la escena nacional, la figura del individuo José Vasconcelos se identifica con el país: "... las almas un poco parias que somos todos los mexicanos, desenraizados de lo indio y separados de Europa, desconfiados de nuestra prosapia y necesitados de estímulo para la derrota del mal de nuestros males: el complejo de inferioridad que sufrimos en secreto, aunque exteriormente simulemos arrogancia". O, más ampliamente, con América, "continente moroso, razas de segunda que vivieron siempre en el mismo oficio en que andábamos nosotros, la caza del hombre".

Los mexicanos son almas telúricas, inertes, que deambulan por un desierto, un paisaje de erosión, entre meseta y mar, lejano de la prosperidad tropical de Colombia o Brasil, gente bárbara que no guisa su alimento, sino que come carne asada. La descripción recuerda, otra vez, a la Argentina devorada por la extensión vacía, el desierto sarmientino. Un escenario místico, donde Vasconcelos se ensimisma, borrando el afuera. No hay en los cientos de páginas de su autobiografía, donde abundan las crónicas turísticas de viaje, ninguna observación sobre la política norteamericana o la guerra europea, por ejemplo.

En sus descripciones de México, el signo orientador es la Iglesia: templos, imágenes devotas, fiestas litúrgicas. Es el México de piedra labrada a la española, que el padre prefiere al cemento de imitación yanqui. Un pueblo que busca a su padre y se refugia, huérfano, en la figura de la Virgen, emblema de un *augusto destino colectivo*.

Este destino es, para Vasconcelos, la recuperación de la hispanidad mexicana, heredera de la mística oriental que llega a Europa desde África: la influencia egipcia en los griegos y el cristianismo primitivo. En otra clave, la defensa de lo latino (cultura del alma) frente a lo anglosajón, impuesto por la guerra de la independencia y el "detestable" siglo XIX de Spencer y Darwin (la civilización de la materia). La contemplación señorial y la actividad

plebeya, conforme al dualismo diseñado por José Enrique Rodó en *Ariel*, libro muy influyente en los jóvenes del Ateneo mexicano, pues señala la línea de afirmación americanista que seguirán Henríquez Ureña, Reyes y el mismo Vasconcelos.

A este pueblo de expósitos, el dictador ilustrado Porfirio Díaz intentó dar una figura paterna, autoritaria y liberal, anticlerical y masónica. Al estallido de la revolución, en 1910, la mayor parte de los intelectuales continuaba siendo porfirista, positivista y seguidora del llamado Partido Científico, simplemente porque, ante Madero, que muchos consideraban un trastornado, Porfirio era el mal menor. Pero, en la intimidad de los hogares, los mexicanos permanecían católicos a la española y en ese reducto materno ve Vasconcelos la posibilidad de una regeneración nacional. La experiencia revolucionaria le hará recordar con nostalgia los tiempos del porfiriato, impregnados de ilusiones progresistas y modernizadoras, con una administración eficaz y honesta, en comparación con el desbarajuste y la corrupción de los tiempos nuevos. Había un tirano obedecido y no una multitud de tiranuelos que se buscaban para matarse.

Al igual que Sarmiento, Vasconcelos es muy crítico respecto a la revolución. Para el argentino, la independencia, correcta en sus ideales, consiguió, sin embargo, traicionarlos en la práctica. Destruyó el aparato colonial español y en su lugar dio poder a las fuerzas más primarias y retrógradas de la sociedad, los caudillos locales. En vez de legitimar un nuevo orden paterno, abrió los espacios de poder a unos usurpadores, unos padrastros incompetentes.

La revolución mexicana, según Vasconcelos, subvirtió las categorías sociales pero no los valores. No se hizo en favor de los oprimidos, sino del medio pelo rural, los capataces de la antigua oligarquía, convertidos en caciques terroristas y resentidos expropiadores en beneficio propio. Finalmente, instauraron una cultura de desprecio a lo español, inspirada por los Estados Unidos y el judaísmo cosmopolita y apátrida. De algún modo, los manes aztecas vengaron a Huichilobos, el dios sacrificial, matando al invasor Quetzalcóatl, reencarnado en Madero, reencarnación, por su parte, de Hernán Cortés. El máximo ejemplo es Emiliano Zapata, restaurador del despotismo indígena y la comunidad de tierras, que repri-

me el uso de la lengua castellana y colabora con la desmembración de México. El indigenismo es un mito que nace de la desesperación popular y no de la vindicación del indio, que siempre intenta simular que es blanco.

El remedio a la extenuación del porfiriato y el fracaso sangriento de la revolución, lo ve Vasconcelos en una refundación del México español y católico. "¿Quiénes fueron los fundadores? Ni sus nombres nos ha reservado la furia destructora de la época posterior, la apatía, la ruindad de nuestra herencia sin casta." El sueño infantil se agiganta: México se unirá a los Estados Unidos y dominará en ellos, reunificando al continente como en los tiempos del imperio español. Un pueblo enfermo necesita un cirujano de hierro. Si las culturas degeneran con el trasplante, se regeneran con la poda. "No es que a México le falten profetas. Lo que pasa es que no los escucha." Es fácil prever el rumbo ideológico que seguirá Vasconcelos, epígono del fascismo, el nazismo y el franquismo.

Sus apuestas históricas fracasaron una tras otra. A veces, implicándolo en movimientos culturales que nada tenían que ver con sus ideas. Por ejemplo: cuando fue Secretario de Educación, alentó y protegió la pintura muralista, que puso en escena la idealización del pasado azteca, conectado por arte de magia con Marx y Trozky, y el escarnio de la maldad conquistadora española.

En términos de historia personal, cabe concluir que no pudo ocupar un lugar paterno y sus conflictos con los padrastros revolucionarios fueron de tipo adolescente. Frente a la prepotencia establecida de la adultez, asumió la megalomanía del muchacho que se cree dueño de un futuro no vivido, la utopía del deseo omnipotente no confrontado con la densidad de la Historia. Durante la revolución, México era una sociedad compuesta por trece/catorce millones de indígenas y tres/cuatro millones de blancos. No había decaído la estirpe fundadora, según la tesis de Vasconcelos sino, al contrario, había resultado insuficiente el proceso de mestización. México no había logrado conciliar a Cortés con la Malinche y seguía hechizado por la reiteración circular de la violación y el sacrificio.

La evolución filosófica de Vasconcelos parece imitar, al revés, la de Sarmiento. Sigue el ejemplo de

su tía María, spenceriana convertida al catolicismo y metida a monja. El empezó con Comte y Spencer; luego, Schopenhauer y Kant lo llevaron a Platón, para desembocar en el neoplatonismo alejandrino y en Pitágoras. Nietzsche le proveyó su demiurgo danzarín. Y, quién lo diría, su emblema fue un indio ciego tocando el violín y descubriendo, más allá de lo visible, la trama musical del universo.

## 4

En 1913, Vasconcelos asiste en París al escandaloso y triunfal estreno de *La consagración de la primavera* de Igor Strawinsky. Lo fascina esa explosión de una Rusia a la vez bárbara y cristiana —que le recuerda su devoción por Tolstoi—, esa exposición del caos que conduce al triunfo del orden, una suerte de camino entre la paganía y la Revelación. El mexicano está entre los que aplauden. También aplaude una muchacha argentina en viaje de bodas, Victoria Ocampo (1890-1979), a cuya autobiografía aludo a continuación.

No evoco la viñeta por mero pintoresquismo, sino porque es una alegoría. En la capital de la cultura más refinada, innovadora y esnob, dos americanos se enfrentan con la primicia de una obra que encierra una de las encrucijadas de nuestro siglo: el encuentro de lo primitivo y lo futuro: la vanguardia. Estas escenas de la vida rusa prehistórica, descritas con un lenguaje sonoro politonal y de ásperos ritmos superpuestos, son un espectáculo más que sugestivo para unos americanos ancestrales y, al tiempo, ávidos de mundo. La fecha, repasada con perspectiva, también es simbólica: 1913 es el último año de la paz europea, el último año del eurocentrismo. La Rusia bárbara y mesiánica, los Estados Unidos modernos y prepotentes, el Japón reciclado por los Meiji, acechan en la media luz de la historia. De algún modo, puede ser la hora de América. La paternidad europea será puesta en entredicho durante aquellos años inmediatos.

En el americanismo, con distintos matices, coincidirán Victoria y Vasconcelos en los treinta, cuando ella funde y dirija la revista *Sur* (1931). Algunos de sus mentores, como Ortega, Reyes, Henríquez Ureña, Waldo Frank y, de aquella manera, también el conde de Keyserling, verán en América, en su potencia utópica, una promesa de redención para una humanidad desnortada tras la catástrofe de 1914/1918. América es

la primavera de los tiempos, la posibilidad de regenerar y refundar, frente al invierno asiático, el otoño europeo, el estío africano: inmovilidad, decadencia, aridez. América, la reserva de naturalidad y de originalidad, es, también, de alguna manera, una entidad femenina: la virgen madre, la madre tierra que se abre y se cierra en el ciclo de las cosechas. Estará mejor emblematizada por una mujer que por un varón. Es el Sur del planeta, lo fundamental, de nuevo: lo nutricio y materno.

Resulta difícil determinar por qué, en ciertas épocas, aparecen o desaparecen figuras femeninas en las letras, pero lo cierto es que, por ejemplo, en el romanticismo y el realismo, las mujeres tienen señalada importancia, en tanto en el modernismo y el 98, prácticamente no existen. La siguiente promoción americana, en cambio, es notable de presencias femeninas. Victoria es contemporánea de Gabriela Mistral, Delmiran Agustini, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Teresa de la Parra, las hermanas Loynaz. Americanismo y femineidad se conjuntan.

Victoria es, como Sarmiento y Vasconcelos, de familia fundacional con algún matiz de mestizaje. Por el lado de los Aguirre (línea materna) proviene de Hermandarias, uno de los primeros caudillos sudamericanos, que encabezó la rebelión de los comuneros paraguayos en el siglo XVI y casó con una india de nombre Águeda. El padre de Victoria es un ingeniero plenamente integrado en la Argentina moderna y pujante del Ochenta, coetánea del México de Porfirio Díaz y obra, en parte, de los proyectos sarmientinos.

Pero, aunque instalada en el corazón del privilegio, la bien o mal llamada oligarquía, Victoria sufre una *capitis diminutio* que redundará en conflicto con su medio: es una mujer que quiere hacer cosas de hombres y salirse del rol convenido. La familia le proporciona una rica instrucción, pero controla sus lecturas y no le permite ir a la escuela. Tampoco será actriz ni universitaria, como ella quiere. Los suyos la destinan a dos tareas que ella rechaza: señora de su casa y madre.

En este cuadro cabe añadir la peculiar conformación de la familia Ocampo Aguirre. Es un matrimonio que tiene seis hijas y ha esperado, en vano, que nazca el heredero capaz de perpetuar los apellidos. Victoria, la primogénita, es aguardada como varón y

también, por lo mismo, la última en nacer, Silvina. Las dos serán escritoras y no tendrán hijos. La conducta sexual de ambas será vista con recelo por el medio familiar. Victoria, contra la costumbre de otras memorialistas argentinas, da cumplidos detalles, en su autobiografía, de su fobia a la maternidad y sus relaciones extramatrimoniales con Julián Martínez y Pierre Drieu la Rochelle, así como de los asedios de Ortega y Keyserling, delicado el uno y bastorro el otro.

La indefinición y mixtura de la identidad victorial se traduce en su trabajo de escritora. Siempre se producirá en géneros mixtos, a caballo entre la crónica, la reflexión ensayística y la crítica de textos ajenos. Más aún: sus primeros libros fueron escritos en francés y traducidos por terceros para su edición en castellano. Digamos que su ingreso en el español como lengua literaria data de su madurez y que logró cumplirlo con una especial matización rioplatense que nada tiene de galicada, como en el caso de Sarmiento, en el cual siempre resulta evidente lo que es castizo y lo proveniente de una traslación literal de francés, conflicto que —en otro sentido— anima y da peculiar vivacidad a su prosa.

Esta adquisición tardía tiene que ver con otros eventos cruciales de su vida: la muerte del padre, el inicio del climaterio, la fundación de *Sur*. Si se quiere ampliar el panorama: la Gran Depresión de 1929 y el golpe de Estado del general Uriburu en 1930, que interrumpen el proceso de crecimiento y normalidad cívica que había mantenido la Argentina durante un largo medio siglo. Por fijar analogías: en México, Plutarco Calles y Lázaro Cárdenas inician su imperio en las sombras y organizan el sistema de candidatos *tapados* que llega, prácticamente, hasta nuestros días. Vasconcelos pierde las elecciones a presidente y se retira a la vida intelectual.

Este embrollo de circunstancias deja la vida política argentina sin padre. En efecto, el Gran Padre cívico, Hipólito Yrigoyen, es derrocado, y la primacía civil es desplazada por el intrusismo militar que durará hasta 1983 y dará dirigentes tan decisivos como Agustín Justo y Juan Perón. Pero, de alguna manera, un dirigente militar es siempre un padrastro más que un padre. Viene de fuera de la sociedad civil, desde la jerarquía y la obediencia, y no desde la libertad y la deliberación. No tiene sucesores dentro de la civilidad, sino herederos dentro de un escalafón corporativo. A la noción de sociedad de clases e individuos opone la sociedad de castas y corporaciones.

En tal encrucijada, es expresivo el hecho de que Victoria funde su revista y, en seguida, su editorial, tomando el papel directivo, papel tradicionalmente masculino. Por fin, puede ejercer públicamente el rol que su familia, en privado, le bloqueaba, rol de machorra, desviación fálica de su condición de mujer, una condición "naturalmente" castrada que sólo se compensa con la maternidad. *Sur* es el hijo de Victoria, pero ella no es su madre sino su padre. Desde sus páginas autorizará la palabra de los Grandes Padres del discurso, los nombres acreditados o por acreditar. No hago el inventario porque sería fatigoso repasarlo.

Es entonces cuando el nombre de Victoria cobra pleno sentido, al favor del empuje histórico: ha habido pelea y alguien se alzó con la victoria. Una actividad típicamente masculina, la de pujar y vencer, es asumida por una mujer y pone en cuestión la tópica asociación de lo masculino con el varón y lo femenino con la hembra. Ésta ya no es el caos primordial y nutricio, que el hombre ha de ordenar y conducir. La mujer no queda en la sombra, reproduciendo la vida de un sistema gobernado por los varones, sino que encarna, a la luz pública, la personalidad masculina por excelencia: la del fundador.

### Bibliografía

- Victoria Ocampo: *Autobiografía: El archipiélago, El imperio insular, La rama de Salzburgo, Viraje, Figuras simbólicas, Sur y Cía*, Sur, Buenos Aires, 1979/1984
- Domingo Faustino Sarmiento: *Viajes*, edición de Javier Fernández, Archivos-FCE, Madrid, 1993; *Campaña en el Ejército Grande Aliado en Sud América*, edición, prólogo y notas de Tulio Halperín Donghi, FCE, México, 1958;
- Recuerdos de provincia*, prólogo y notas de Jorge Luis Borges, Emecé, Buenos Aires, 1944; "Una crítica española" en *Obras escogidas*, tomo 12, La Facultad, Buenos Aires, 1938; *Facundo o Civilización y barbarie*, prólogo de Alberto Palcos, ECA, Buenos Aires, 1961.
- José Vasconcelos: *Autobiografía: Ulises criollo, La tormenta, El desastre, El proconsulado*, Jus, México, 1958/1964.